

DOMINGO SEGUNDO DE CUARESMA

1ª lectura (Génesis, 22, 1-2.9a.15-18): *Te bendeciré, multiplicaré tus descendientes.*

Salmo (115, 10 y 15.16-17.18-19): *«Caminaré en presencia del Señor, en el país de la vida»*

2ª lectura (1ª Romanos 8, 31b-34): *Si Dios está con nosotros, ¿quién estará contra nosotros?*

Evangelio (Marcos 9, 1-9): *Este es mi Hijo amado; escuchadlo.*

Terrible lectura la de hoy si la vemos en la distancia de quien observa, desde fuera, lo que es el mundo de las relaciones humanas. Desde el comienzo, nos golpea en lo más profundo de la sensibilidad la inhumana petición de Dios a un pobre padre que ha esperado, hasta bien entrada la vejez, para tener un hijo de su esposa: *«Toma a tu hijo único, al que amas, a Isaac, y vete a la tierra de Moria y ofrécelo allí en holocausto en uno de los montes que yo te indicaré».*

La petición refleja, de una parte, un sentido religioso bastante extendido en la antigüedad y que todavía hoy no desaparecido del todo, como tristemente nos recuerdan algunas noticias de prensa. Ante la divinidad el ser humano solo puede manifestar sumisión y realizar su voluntad sin rechistar, según algunos, lo que lleva a la deshumanización y al fanatismo perverso.

Nunca se nos ha pedido, a nosotros, un sacrificio semejante. Pero sin duda hemos sentido que tenemos que hacer alguna cosa, o muchas cosas, por Dios. Subimos nuestras pequeñas montañas personales. Preparamos nuestros altares y efectuamos algún pequeño sacrificio. Pero **¿acaso Dios tiene necesidad de nuestro pequeño esfuerzo? ¿No será esto una distorsión de la religión?** Quizá sea posible entender el sacrificio como un mecanismo necesario para nuestro propio crecimiento o progreso, o el de nuestra familia.

Que deba sacrificarme para aprender más y mejor, para tener un cuerpo más esbelto o atlético; para ahorrar para mi futuro, para alcanzar una meta más grande, para ayudar a los míos; para servir a los necesitados y muchos otros “sacrificios”, suena bastante lógico. Pero, **¿en qué se iba a beneficiar Dios de mis sacrificios?** Subir al monte para darle algo a Dios tiene que ser pensado muy detenidamente. Tal vez Dios quiera ver mi generosidad y capacidad de entrega, pero no puedo pensar que Él tenga necesidad de lo que yo le pueda ofrecer.

Y es que, más que pensar en lo que podemos hacer por Dios, tenemos que reflexionar en lo que Dios está haciendo por nosotros. Para eso, subamos ahora, otra montaña, la de la transfiguración. Jesús no le va a ofrecer nada a su Padre; sube a la montaña para estar más plenamente con Él. Se adentra en su presencia; hasta su apariencia cambia a los ojos de sus discípulos; conversa con lo mejor de la tradición religiosa: Moisés y Elías; se deja envolver por la nube misteriosa y sin duda se deleita en ser llamado *«Hijo amado»*, a quien el Padre pide escuchar. Este Hijo sí será sacrificado, pero no porque lo quiera el Padre sino porque lo rechaza el mundo. A la muerte infligida por el mundo, Dios responde con vida nueva para su Hijo.

Las alianzas de Dios con la humanidad, afirman el compromiso por la protección y promoción del ser humano a través de un proceso en el que todos estamos implicados, Dios y nosotros. Según la Biblia, no podemos entender a Dios si no es en esta dinámica de interés por el bien de todos y cada uno de nosotros. Solo que muy pronto la experiencia nos hace entender nuestra propia impotencia ante la inmensa tarea de sacar a la humanidad de la situación en que nos encontramos anhelando ser mucho más de lo que somos y logrando, en cambio, solamente tener más cosas y más medios, pero sin terminar de salir de una espiral que nos agobia y cansa.

Dios no quiere la muerte de Isaac, lo que quiere es la obediencia de Abraham. Pero a Dios no le beneficia la fidelidad de Abraham, eso le beneficia al mismo Abraham. Dios no quiere que Abraham haga algo para Él. Más bien es Dios el que quiere hacer algo por Abraham. Dios hace todo lo que puede por su pueblo elegido. Lo hace también por su Hijo amado. Y lo quiere hacer todo por nosotros. La religión no beneficia a Dios, nos ayuda a reconocer los beneficios de Dios para nosotros y nos impulsa a ser generosos para compartir esos beneficios con los demás, cercanos y lejanos.

Eso hace que la narración del Génesis pueda interpretarse como expresión de la confianza que los creyentes hemos ido depositando en el Dios tan humano que la Biblia nos ha ido descubriendo, poco a poco, en esa literatura religiosa, genial y progresiva, que constituyen sus libros y que culminan en la admirada y sobrecogida afirmación de Pablo en su carta de hoy a los romanos. *«Si Dios está a nuestro favor ¿quién estará en contra nuestra?».*

Y definitivamente Dios está a nuestro favor. No es nuestro enemigo, ni nuestro rival, sino nuestro benefactor y nuestro más decidido impulsor en todas nuestras empresas, sobre todo en lo que atañe a nuestra salvación. Hay que subir a la montaña, pero no para ofrecerle a Dios un sacrificio, sino para encontrarnos con Él, para reposar en su presencia, para dialogar con nuestras tradiciones de fe, para meternos en la nube santa, para volver a escuchar una y otra vez: *«tú eres mi hijo amado..., tú eres mi hija amada...».*

Dios solo quiere nuestro bien, Dios nos ama. Y cuando el amor es el que dirige las relaciones humanas, la capacidad humana de entrega solidaria puede llegar a extremos impensables, pero nunca de inhumanidad y fanatismo sino de servicio y entrega de la propia vida.